El mundo islámico visto por el mercader flamenco Jacques de Coutre

María Palacios Alcalde

Profesora de Historia Moderna, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid

Los viajes que realizó el comerciante flamenco Jacques de Coutre son conocidos por el relato que él mismo hizo de ellos y que, aunque nunca llegó a publicarse, fue compilado para la imprenta, después de su muerte, por su hijo Esteban de Coutre, Caballero del hábito de Santiago, con el título de *Vida de Iaques de Coutre* (1).

Recientemente, la *Vida...* de Jacques de Coutre ha sido objeto del interés de los estudiosos a raíz de una edición castellana de la misma, preparada por los profesores de la Universidad Católica de Lovaina, Stols, Teensma y Werberckmoes (2).

En su ameno y largo relato se encuentran multitud de datos interesantes para los historiadores y los lingüístas, entre los que destacamos aquellas noticias que nos da sobre los países islámicos que visitó de grado o por fuerza. En esta comunicación reunimos y ordenamos los datos que nos ofrece sobre el mundo islámico, tal como él lo vio, en el paso entre los siglos XVI y XVII y nos detenemos a analizar la óptica con que Jacques de Coutre contempla el mundo musulmán. Interesan especialmente sus comparacio-

nes entre las costumbres de los países islámicos y las de aquéllos en que predominaban otras religiones, como el budismo o el brahmanismo. Jacques de Coutre, en todo caso, participó de una visión del mundo islámico, muy común por otra parte en la formación social hispánica, en cuyo ámbito desarrolló su actividad, de acuerdo con la cual el Islam constituía un mundo cerrado, absolutamente hostil e impenetrable, donde la barbarie de los creyentes se consideraba fruto directo de las enseñanzas de su profeta Mahoma.

A pesar de que, a la altura del siglo XVII las Cruzadas quedan ya muy lejos, no por ello ha de creerse que, a la sazón, se habían superado, ni mucho menos, los prejuicios existentes sobre el mundo islámico. Jacques de Coutre no sólo los compartió, sino que contribuyó con sus relatos a afianzar los estereotipos vigentes con el resultado de su propia experiencia, adquirida a lo largo de sus viajes, fascinantes como si se tratara de una novela de aventuras, a través del Islam.

La historia de Jacques de Coutre comienza en su tierra de Flandes. Hasta 1584, su ciudad natal de Brujas había sido gobernada por los rebeldes protestantes. En este año, fue reconquistada por Alejandro Farnesio y fue controlada por católicos obedientes al Rey de España. De los ciudadanos de Brujas, no faltaron los que se refugiaron en el campo protestante, pero otros muchos prefirieron emigrar hacia los países católicos. Jacques, huérfano de padre, fue autorizado por su madre para que partiera hacia la Península Ibérica. Como puntualiza Eddy Stols en la *Introducción* a la edición que utilizamos, "las investigaciones históricas recientes demuestran suficientemente que la emigración flamenca se dirigió en gran número a las tierras católicas italianas, francesas y españolas, alrededor del Mediterráneo. En torno a 1590, estas regiones todavía no se habían sumergido en la crisis económica y social que posteriormente se desataría. Aparte de las perspectivas americanas o asiáticas, la Península misma ofrecía bastante trabajo y mayores sueldos y bienestar que los Países Bajos, castigados por las guerras. A diferencia de tantos otros países europeos, permaneció durante decenios libre al fragor de las armas" (3).

La *Vida...* de De Coutre está redactada en tres libros, cada uno de los cuales abarca veinte, diecisiete y quince capítulos respectivamente. La inicia con el relato de su infancia y juventud hasta su partida hacia España, donde darían comienzo sus interesantes viajes hasta el Extremo

Oriente. De Coutre navega por todos los mares de aquel Imperio de Felipe II en el que nunca se ponía el sol. Los reinos de Siam y Malaca, las islas Filipinas, Goa, la India, Arabia, Persia, Túnez y Francia marcan los hitos de su primer periplo, en el que ocupa los libros primero y segundo de su obra. En su segundo gran viaje, expuesto en el libro tercero, Jacques de Coutre nos lleva de nuevo hasta Goa y de allí a los reinos de Raichur, el del Gran Mogol y la India, para volver de nuevo a España donde no pudo llegar sin antes haber padecido prisión por parte de los moros.

El primer contacto con el mundo islámico a que hace referencia tuvo lugar en el reino de Pam, distante unas treinta leguas de Malaca. "Los naturales, —escribe—, son moros, pero muy políticos en su trato y traje". Le sorprende la tiranía con que hace justicia su rey, castigando durísimamente por los menores delitos. "Yo le vi sacar a seis hombres mercaderes los testículos, porque se habían ido a hacer un viaje sin su licencia"... "Y mandó echar una mujer a un elefante que la mató luego con los dientes, porque había hecho adulterio a su marido"... "Y así hacía de ordinario varias justicias... mandaba desollar la cabeza de la coronilla abajo y desollar el pellejo con lija y meter espinas por las uñas" (4).

No eran muy diferentes estas costumbres de las que observaría De Coutre en otros países no musulmanes del entorno. El rey de Siam, cuyo territorio tuvo ocasión de visitar De Coutre poco después, gozaba haciendo justicias cuyo relato produce auténticos escalofríos. En cierta ocasión ordenó que ciertos condenados a muerte le recibieran luchando contra ocho búfalos salvajes, que los destrozaron a todos menos a uno. En otra ocasión, cuenta cómo "vi mandar freír y hacer varias justicias a veintiocho niñas de edad de ocho años cada una y, juntamente, a una vieja y a un hombre tuerto. Era, —dice—, lastimoso espectáculo. Primero sacaron a cada una un ojo; después les desollaron las manos y sacaron las uñas; dallí un rato les cortaron un pedazo del lomo y se lo metieron en sus propias bocas. Después los freyeron poquito a poco cada uno en su sartén para que penasen despacio hasta morirse". Todo ello lo había causado el robo de unas bolas de oro en el palacio del rey (5).

Enmedio de aquellos pueblos paganos, De Coutre topa frecuentemente con mercaderes y aventureros musulmanes. No falta ni siquiera, en el abigarrado cuadro de personajes de que nos habla, un morisco español, personaje por demás pintoresco, que se hacía llamar don Luis del

Castillo y se presentaba como "pariente del Rey de España y que había venido a aquellas tierras de incógnito por no ser reconocido". Se presentó, como embajador del Rey de España, ante el Rey de Jor, que lo trató como si realmente fuera lo que decía. Después de engañar al Rey de Jor, fue aprisionado por las autoridades portuguesas, escapó de la prisión y corrió extrañas aventuras que acabaron con su muerte. "Este fin tuvo don Luis del Castillo, nos dice De Coutre, que se decía ser pariente del Rey de España, siendo morisco y habiendo sido azotado en Méjico y desterrado de las Filipinas" (6). La mayor parte de los musulmanes con quienes topó eran sujetos dedicados a la marina o al comercio. Los juncos de moros pululaban por aquellos mares. En ocasiones, De Coutre se sirve de sus embarcaciones para moverse de un lado a otro. Cuenta cómo en cierta ocasión unos marineros moros echaron los lazos a un pez gigantesco y monstruoso. Los tales, nos cuenta, "se sentaron sobre el pescado y nadavan con mucha velocidad cerca de la boca, la cual era tan grande que podía ingullir seis dellos juntos... De ver las cosas que los árabes hicieron con él, no podíamos colegir sino que ellos eran hechiceros o el pescado bobo" (7).

En otra ocasión, una furiosa tempestad puso al junco de moros en que viajaba en trance de naufragio. "Los marineros, —cuenta—, llamaban por su falso Mahoma y le prometían dineros si escapase la vida" (8).

Pero estos encuentros ocasionales con los musulmanes son bien poca cosa comparados con los que tuvo durante el largo camino que, por dos veces, se atrevió a hacer De Coutre desde las riberas del Océano Indico hasta el Mediterráneo, atravesando territorios de Arabia, Persia, Babilonia y Turquía.

Desde que De Coutre pone los pies en territorio de Arabia, la caravana en que viaja se ve constantemente asediada por partidas de ladrones. Le llaman la atención las numerosas viñas que encuentra a lo largo de aquel primer tramo de viaje y la no menor afición al vino de uno de los gobernadores a quienes conoce. Cenando con él una noche, entre los viajeros y los invitados se bebieron "un cubo entero que tenía más de veinte arrobas de vino" (9).

Pasado aquel territorio, entraron en otro habitado exclusivamente por pastores nómadas. Eran tierras de turcomanos, pasadas las cuales, llegaron a las proximidades de Bagdad, la antigua Babilonia. Todavía caminaban por las proximidades del Eufrates cuando fueron asaltados por

enésima vez por ladrones árabes. "Una noche, —cuenta— vi venir un árabe sobre pies y manos a gata, haciendo figura de perro y, para que pareciese —como era oscuro— más al natural, con un pie hacía la cola y la meneaba. De esta suerte se vino hacia donde estaban mis caballos atados, pero, como me veía despierto, no se atrevió a coger ninguno" (10). Si los ladrones dejaron malparada a la caravana, no la trataron mejor los soldados turcos, que sólo respetaron, entre todos los viajeros, a aquellos que eran criados o súbditos del Gran Turco (11). Una vez en el Mediterráneo, la situación no mejora. Sabiendo que andaban por las cercanías hasta cinco barcos de piratas berberiscos, orientaron su rumbo hacia la isla de Malta. Allá fueron a dar con cinco galeras de turcos de Túnez, que los persiguieron tenazmente hasta que, amenazándolos con sus cañonazos, les hicieron detenerse y tomaron presos a todos los que iban en ellos. Cautivos los llevaron a la Goleta. De Coutre quedó al servicio de Mamed Bey, gobernador turco de Túnez, el cual mandó que lo llevaran al baño. "Yo iba muy contento, cuenta De Coutre, entendiendo que el Baño era algún jardín adonde se bañaban; pues, cuando llegué, me metieron en un corral donde había más de quinientos cristianos esclavos. Luego, el barbero me llevó a su tienda... Me hizo sentar. Después de me untar la cabeza con vinagre oloroso, diciéndome que pillase paciencia... me la rapó a navaja, y la barba y los bigotes. Aunque era usanza, sentí tanto que me saltaron lágrimas de los ojos" (12).

En aquellas circunstancias, muy pronto resolvió De Coutre escapar de su cautiverio. Hizo todas las diligencias posibles para que lo rescataran sus familiares pero, al no lograrlo, intentó la fuga de su encierro. En el momento en que entraban en la barca que había de conducirlos a la libertad, fueron sorprendidos los fugitivos. Otros cautivos, que vieron cómo los conducían de nuevo a la cárcel, les proporcionaron abundante aguardiente, para que se emborracharan y no notaran los golpes que, en castigo, les iban a dar. Los turcos, sin embargo, al verlos completamente borrachos, se rieron de ellos y los mandaron de nuevo al baño, sin castigarlos. Hasta que no llegó su rescate, De Coutre hubo de permanecer cautivo en los Baños.

Una vez liberado y antes de salir hacia Europa, De Coutre entretuvo sus ocios visitando la ciudad de Túnez y se interesó por las muchas ruinas romanas que allí se conservan. Desde Túnez pasó, finalmente, a Marsella, donde rindió aquel su accidentada primera travesía del mundo islámico.

Su segundo viaje tuvo lugar en el año de 1620. El punto de partida, también en esta ocasión, fue la ciudad de Goa. Después de un accidentado viaje por mar, desembarcaron el las costas de Persia y caminaron hasta la ciudad de Basora. Al pasar, pudieron contemplar el lugar donde se decía que estaba enterrado Alí, descendiente de Mahoma (13). Junto a la mezquita de Alí, "había en ella todas las noches luminarias y músicas a su modo" (14). Por segunda vez, atravesó De Coutre la mítica ciudad de Babilonia y, siguiendo viaje, llegó hasta Alepo, en la costa mediterránea. Acordándose de su triste cautiverio en Argel, no quiso esta vez hacer su camino por mar, sino que, por tierra, se dirigió hasta Constantinopla.

En uno de los lugares por donde atravesó, vio como ajusticiaban a dos gentiles de la manera más bárbara. Preguntando por qué les quitaban la vida, le explicaron que "el rey de Persia había mandado que ningún moro persio bebiese vino ni tomasen tabaco, excepto los cristianos y judíos. Y, porque habían aquellos gentiles bebido, los castigaban de aquella suerte" (15).

A pesar de sus precauciones, aquel viaje tampoco terminó felizmente. Un gobernador moro, deseando apoderarse de los bienes que transportaban los viajeros, apresó a De Coutre y lo hizo vigilar estrechamente. Aunque estaba rigurosamente prohibido a los moros beber vino, De Coutre se las ingenió para hacer beber a sus guardianes más de la cuenta la noche en que planeó fugarse con su criado. Extremando las precauciones, "confitaron" las últimas copas con un zumo que se obtiene de una planta india. Los guardianes quedaron tan traspuestos que, aún después de que se descubriera la fuga de los cautivos, no lograron despertarlos. "Les metieron asadores calientes por las orejas, aunque ellos no podían sentir la muerte porque estaban sin sentido, como muertos y mandó castigar a otros muchos que durmieron aquella noche cerca del baluarte adonde yo estaba preso" (16).

Entre las farragosas aventuras que vive nuestro mercader flamenco, aquellas que le ponen en contacto con los musulmanes destacan por la constante inseguridad que siente desde el momento en que pisa sus territorios. Deja constancia de las crudelísimas justicias que se hacían por causas que podrían parecernos fútiles, como el beber vino o el fumar, delitos ambos que podían acarrear al delincuente una muerte cruel. Junto a estas escenas de duro ejercicio de poder, topamos con otras en las que vemos a los ladrones de caravanas campar por sus respetos, saqueando sus mercan-

cías, robando sus cabalgaduras, matando a hombres y bestias sin la menor consideración. Las autoridades no hacen o no pueden hacer nada contra ello. En alguna contada ocasión, son los mismos habitantes de los pueblos quienes organizan batidas para ahuyentarlos, pero con escasos resultados. Los propios soldados turcos no se diferencian nada de los salteadores, si no es en su mayor crueldad e impunidad.

Si peligrosos eran los viajes por tierra, no lo eran menos las travesías marítimas. Dejando a un lado las tormentas como factor de inseguridad, no faltaba en ningún momento el temor al abordaje de los piratas o de los turcos que a la sazón se enseñoreaban de gran parte del litoral del Mediterráneo oriental. De caer en sus manos, el destino esperado no era otro que el cautiverio, que había que soportar hasta que llegaba el rescate desde Europa. Y si esta inseguridad se sentía allá donde un poder superior, como el del Gran Turco, podría haber estado en condiciones de establecer un orden más justo ¿qué decir de aquellos reinos pequeños de la India gobernados por régulos de horca y cuchillo? Por el relato de De Coutre sabemos que no se recataban en ningún momento de retener a los viajeros con cualquier excusa, hasta lograr que les entregaran los dineros o las piedras preciosas que llevaban encima. Al fin y al cabo, aquellos gobernantes islámicos habían aprendido y ponían en práctica, al pie de la letra, aquella frase del Corán en que se dice que aquel a quien Alá ha dado el poder y no lo ejerce con dureza, es que no se lo merece.

1. *Vida de Iaques de Coutre, natural de la Ciudad de Brugas (sic)... por su hijo don Esteban de Coutre, caballero del hábito de Santiago.* El manuscrito, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura Ms. 2780, está fechado en Madrid, en el año de 1640.

2. COUTRE, Jacques de: *Andanzas asiáticas*, Madrid, Historia 16, 1991.

3. *Cfr. Introducción* en *op.cit.* págs. 29–30.

4. COUTRE, Jacques de: *Vida*... e.c., pág. 98.

5. ID, *Ibídem*, págs. 137–138.

6. *Vida*, págs.103–105.

7. *Vida*, pág. 199.

8. *Vida*, pág. 201.

9. *Vida*, pág. 207.

10. *Vida*, pág. 213.

11. *Vida*, pág. 217.

12. *Vida*, pág. 225.

13. *Vida*, pág. 319.

14. *Vida*, pág. 321.

15. *Vida*, págs. 324–325.

16. *Vida*, pág. 337.